

Anthony Pagden

La Ilustración

Y por qué sigue siendo
importante para nosotros

Traducción de Pepa Linares



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Enlightenment: And Why it still Matters*

Primera edición: 2015

Segunda edición: marzo de 2026

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Imagen de cubierta: Extracto de la portada de la *Encyclopédie* (1772). Dibujado por Charles-Nicolas Cochin y grabado por Bonaventure-Louis Prévost.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2013, Anthony Pagden. All Rights Reserved

© de la traducción: Pepa Linares, 2015

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 979-13-7009-183-5

Depósito legal: M-134-2026

Printed in Spain

Índice

| | |
|-----|--|
| 11 | Prólogo a la edición española |
| 25 | Agradecimientos |
| 27 | Prólogo |
| 39 | Introducción. ¿Qué es la Ilustración? |
| 67 | 1. Toda coherencia perdida |
| 120 | 2. La recuperación de la piedad |
| 161 | 3. El mundo huérfano |
| 230 | 4. La ciencia del hombre |
| 297 | 5. El descubrimiento del hombre en la naturaleza |
| 352 | 6. La defensa de la civilización |
| 416 | 7. La gran sociedad humana |
| 462 | 8. La inmensa república de la naturaleza |
| 519 | Conclusión. Los enemigos de la Ilustración |
| 575 | Notas |
| 627 | Bibliografía |

Para Giulia
Tu mihi sola places

Prólogo a la edición española

1

Escribí este libro para responder a dos preguntas estrechamente relacionadas: qué es –o qué fue– «la Ilustración» y por qué sigue siendo importante para nosotros. Sea cual sea la respuesta a estas preguntas –si es que la hay–, es evidente que lo que en español se conoció como *Ilustración*, en alemán como *Aufklärung*, en francés como *Lumières*, en italiano como *Illuminismo*, en inglés como *Enlightenment* y en danés como *Oplysningstiden* ha sido, y sigue siendo, objeto de un debate persistente y a menudo encarnizadamente polémico, que va mucho más allá de lo que el filósofo escocés David Hume llamaba las «celdas y escritorios» de la vida académica. Pues la Ilustración, fuera lo que fuese además de eso, fue siempre un movimiento proteico, compuesto por filósofos, ensayistas, poetas, dramaturgos, científicos de la naturaleza e incluso músicos. Para muchos ha representado el momento

en que Europa y los pueblos de las colonias de ultramar, en las Américas del Norte y del Sur, se liberaron de lo que se conocía como «prejuicios» que se les habían impuesto durante siglos, sobre todo por la teología y la doctrina de la Iglesia, por las convenciones sociales y las costumbres no sometidas a examen, a cuyo amparo la mayoría había regido hasta entonces sus vidas. Marie-Jean-Antoine Nicolas de Caritat, marqués de Condorcet, una de las figuras más ilustradas de su tiempo –matemático e historiador, adalid de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres y entre todos los pueblos de todas las razas, y abolicionista que concibió el primer sistema estatal de educación del mundo–, dijo que este fue el momento en que la humanidad había logrado por fin

demostrar tener una verdad independiente de los dogmas religiosos, de los fundamentos, y de las sectas; es decir, que es en la constitución moral del hombre donde hay que buscar el fundamento de sus deberes, el origen de sus ideas de justicia y de virtud¹.

Por esta razón fue condenada, como era de prever, por los reaccionarios del periodo posrevolucionario en Francia, Gran Bretaña y España como un intento de derribar el viejo orden establecido y garante de la seguridad. Y a pesar de que ninguno de los escritores que hoy asociamos con la Ilustración –ni siquiera los políticamente más radicales– abogó abiertamente por la revolución, se generalizó la interpretación de que habían sido los precursores intelectuales de la Revolución Francesa. En opinión de Joseph de Maistre, el más extremo de los reaccionarios posrevolucionarios, lo que él llamaba la «época de la filosofía», la «Edad de la Razón y de las Luces», no ha-

bía sido nada menos que una «guerra a muerte» entre el cristianismo y lo que él denominaba desdeñosamente «filosofismo», del cual este último había salido vencedor, aunque por poco tiempo, esperaba. Los objetivos de todos aquellos que se consideraban «ilustrados», afirmaba, consistían en convertir en materia de estudio «al hombre y su entorno», de forma que «todo aquello que puede decirse de su alma, de sus orígenes y de su destino se convirtió en un asunto secundario que no procedía de la Revelación, sino de las observaciones que ellos proporcionaron». De Maistre pudo haber sido un extremista, un monárquico y un papista. Pero sus opiniones sobre los objetivos de lo que él llamaba la detestable «secta filosófica» de la Ilustración fueron compartidas por muchos, todavía hoy.

Sin embargo, no fue solo de revolución y desorden de lo que se culpó a la Ilustración. Su supuesto énfasis en la tiranía de la «razón» –que aún hoy la mayoría considera su rasgo definitorio– fue condenado por los escritores del Romanticismo como lo que el filósofo alemán Johann Georg Hamann llamaba «una mera aurora boreal», pálida e insustancial. Según el entendimiento de los románticos, los filósofos de la Ilustración habían expulsado la pasión y la compasión, y las habían sustituido por una confianza inquebrantable en la razón. Quizá hubieran liberado a la humanidad de las cadenas de la religión revelada y de la dependencia de los teólogos respecto de la autoridad de los grandes pensadores del pasado –en particular Aristóteles y santo Tomás de Aquino–, que había asfixiado todo verdadero saber científico durante siglos, pero en el proceso, se afirmaba, habían convertido al hombre en una máquina. El «cosmopolitismo» al que de un modo u otro estaban comprometidos todos los escri-

tores de la Ilustración se interpretó como poco más que el deseo de desprenderse de todos los lazos de esas emociones compartidas que tradicionalmente habían unido al género humano en familias, y a las familias en naciones, y disolver en el proceso gran parte de su humanidad ordinaria. «Tales filósofos –se mofaba Jean-Jacques Rousseau de los cosmopolitas– aman a los tártaros para no tener que amar a sus vecinos». De ahí se sigue el argumento, defendido hoy tanto por los «comunitaristas» norteamericanos (generalmente de izquierdas) como por los conservadores nacionalistas (generalmente de derechas), de que la concepción misma de Ilustración y cosmopolitismo ha vaciado al mundo moderno de todo propósito y dirección moral. Así, a la Ilustración se la ha considerado responsable de la mayoría de los males de la modernidad, desde el Terror revolucionario francés hasta el «desencantamiento» del mundo de Max Weber, pasando por las cámaras de gas de Auschwitz. Para los pensadores posmodernos y poscoloniales del siglo xx fue la fuente de un fervor injustificado por la ciencia, lo que Jean-François Lyotard describió célebremente como el «gran relato» que convirtió a la historia toda en la historia del triunfo de la racionalidad –y por tanto en la historia de Europa–, bariendo inevitablemente, en el proceso, las culturas, afiliaciones y vínculos locales y todo lo no europeo. La Ilustración se encuentra en el origen de todas las formas de universalismo europeo y es, por tanto, responsable de todos los males –y de ninguno de los posibles beneficios– del imperialismo europeo.

Luego están los desacuerdos sobre si esta Ilustración fue en realidad lo que casi todos sus críticos y la mayoría de sus defensores tienden a suponer: un movimiento uniforme y

coherente, incluso, como algunos han sostenido, un «proyecto» o, más polémico aún, una «ideología». Hay quien ha argumentado que no hubo una sola «Ilustración», sino muchas «Ilustraciones», que en lugar de ser un movimiento universal fue, de hecho, la conjunción de varios movimientos nacionales: que hubo una Ilustración francesa, una alemana, una española y una holandesa, y así sucesivamente. Fueron meros accidentes del tiempo y del espacio (como si el tiempo y el espacio fueran alguna vez meramente accidentales) los que reunieron a Campomanes en España, Beccaria en Italia y Diderot en París, Hume en Escocia y Kant en Alemania. Se ha afirmado que no fue predominantemente un movimiento intelectual, sino social, supeditado a la existencia de cafés, tertulias o logias masónicas. Se ha argumentado que no hubo una «Ilustración» sino dos: una conservadora o moderada y otra radical. En esta versión, todo lo verdaderamente democrático y republicano del mundo occidental moderno –el laicismo, la igualdad entre los sexos, la igualdad de oportunidades para todos, la tolerancia, los derechos humanos– es fruto de la «Ilustración radical». Y todo rasgo de cautela, vacilación, incompletud y «libertarismo» constituye la mísera herencia de la «Ilustración moderada»². También están aquellos que niegan que existiera en absoluto, argumentando que fue esencialmente una fantasía del siglo XIX que sirvió únicamente como medio para explicar la transformación de Europa a raíz de las revoluciones americana y francesa³.

En este libro he intentado ofrecer y defender una imagen algo diferente de la Ilustración. He procurado demostrar que el argumento, ampliamente aceptado todavía hoy, de que lo que

ha llegado a llamarse el «proyecto ilustrado» fue principal y exclusivamente un intento de someter toda la naturaleza, actividad y creencias humanas a la «razón» ha llevado a una falsa comprensión de lo que es verdaderamente significativo de la Ilustración y de por qué sigue siendo aún hoy objeto de vivo interés y a menudo de encarnizado debate. Es cierto que ser «ilustrado» daba el derecho, y la obligación, a cada individuo a ejercer sin trabas la razón individual, a someter a la crítica el mundo moral humano por entero. «Nuestra época –decía Immanuel Kant en un pasaje célebre de la primera de sus tres grandes “Críticas”, la *Crítica de la razón pura*– es una auténtica época crítica, y a la crítica ha de someterse todo. La religión por sagrada y la legislación por su carácter majestuoso se han creído exentas, y con ello se han ganado la desconfianza de los demás. Por tanto, no pueden pretender el genuino respeto que la Razón garantiza solo a las cosas capaces de soportar un examen público y libre»⁴.

Pero si la Ilustración se hubiera quedado en eso no habría sido más que una prolongación en el tiempo del empirismo de la denominada «Revolución Científica» del siglo XVII. En esta obra he sostenido que el proyecto filosófico ilustrado, al contrario que la ciencia del siglo XVII, convencida de que todo conocimiento derivaba de la interacción de los sentidos con el mundo exterior, atribuyó el conocimiento al «sentimiento», como se llamó en la época, especialmente al más importante de todos: la «simpatía» (o «empatía», como diríamos hoy). Partiendo de esta base, se llegó a la conclusión de que todos los seres humanos comparten la misma naturaleza y de que su capacidad para reconocerse unos a otros como tales permitía fundar una nueva ciencia –una «ciencia humana»– capaz de sustituir a la teología y de ser el contrapunto,

igualmente riguroso, igualmente laico, de las ciencias naturales. Fue la concepción de una «humanidad» culturalmente diversa pero racialmente homogénea lo que hizo posible la evolución del ideal «cosmopolita» moderno. He querido demostrar que de todos los aspectos distintivos de la Ilustración que continúan entre nosotros –laicismo, derechos humanos, liberalismo e incluso economía de mercado– este es más consistente. A falta de ese aspecto, el mundo globalizado que hoy habitamos no habría existido jamás.

Sería este un motivo para no tropezar en la misma piedra que los historiadores modernos que oponen una imaginaria «Ilustración» radical a otra supuestamente «moderada»⁵. Y no solo porque así no puede explicarse la compleja red de comunicaciones que cruzó Europa de cabo a rabo durante el siglo XVIII, ni entenderse la admiración que Diderot sentía por Montesquieu, sino también porque esa forma de verlo fragmenta un cuerpo de ideas que, si bien ecléctico, se mostró absolutamente coherente en lo relacionado con sus objetivos finales. Y es también un motivo para evitar esa otra tendencia de la historiografía moderna que pretende analizar la Ilustración siguiendo líneas nacionales. Adjudicarse «la Ilustración» significa adjudicarse el liderazgo intelectual (y tal vez moral) del mundo moderno. Pero la Ilustración fue un fenómeno europeo o, si se quiere, puesto que también tuvo lugar en las Américas, un fenómeno occidental. Aunque no cabe duda de que existieron estilos literarios, modos de pensar, grados de fe, cosas importantes que en cierto modo distinguieron a los británicos de los franceses o a los franceses de los españoles, tampoco esto da cuenta de un proyecto intelectual que fue transnacional y transcultural por naturaleza.

El hecho de que la «Ilustración» abarcara la totalidad de Europa está fuera de duda. Sin embargo, la historiografía más tradicional tiende a situarla en unas partes de Europa y a excluirla de otras. En efecto, la Europa del sur, la Europa católica, España, junto con Portugal e Italia –esta última con las salvedades de Ferdinando Galiani, Cesare Beccaria, Gaetano Filangieri y algunos otros– se tratan como excepciones. Razones históricas no faltan, desde luego. La «Ilustración» como proyecto filosófico consciente fue una creación fundamentalmente francesa con raíces inglesas, circunstancia por la que se excluye también otra gran parte de Europa: Holanda, Irlanda, Escandinavia, Polonia y Rusia. Y aunque sus raíces fueran inglesas, lo cierto es que la «Ilustración inglesa» empalidece cuando se la compara con la escocesa. No obstante, existen motivos muy concretos para la persistente y lamentable exclusión de España. El primero de ellos tiene que ver con el lugar predominante (al que he aludido en esta obra) que ocupó la escolástica española en la historia intelectual de la Europa moderna. He sostenido que el principal objetivo de la crítica de la nueva epistemología del siglo XVII –la epistemología de Hobbes, Locke y Spinoza, e incluso la de Descartes–, con la que la Ilustración contrajo una enorme deuda intelectual, era para Jean D’Alembert –redactor junto con Diderot de la *Encyclopédie*, la empresa más característica de la Ilustración– «eso que se llamó ciencia durante los siglos de la ignorancia». Los autores más influyentes de aquella ciencia, conocidos comúnmente con el nombre de «escolásticos», desde Francisco de Vitoria, Domingo de Soto y Luis de Molina en el siglo XVI hasta Francisco Suárez en el XVII, fueron españoles. He sostenido también que los escritores de la Ilustra-

ción estaban decididos a poner la mayor distancia entre ellos y los racionalistas del siglo xvii, pues, como D'Alembert dijo de Descartes y habría podido decir de todos, aunque «ha demostrado tener un ingenio agudo capaz de sacudirse el yugo de la escolástica, la opinión y la autoridad, en una palabra, los prejuicios y la barbarie», procedió a sustituirlas por sus propias certezas falsas⁶. Pero al mismo tiempo los ilustrados no tenían la menor intención de recuperar ningún elemento de la escolástica, en especial los relacionados con los orígenes de la sociabilidad que Hobbes, Locke, Descartes y Spinoza habían desechado con tanta eficacia. Puesto que los españoles se hallaban entre los «escolásticos» más conocidos, no nos sorprende que se les considerara los mayores portadores del «yugo de la escolástica». Una afirmación no del todo falsa. Por lo general, los profesores de universidad han sido siempre y siguen siendo fundamentalmente reaccionarios. Los cambios en los sistemas de conocimiento raras veces proceden del mundo académico. Y puesto que la escolástica española fue durante más de un siglo la corriente intelectual más potente de Europa, no sorprende que aun cuando la «Revolución Científica» hubiera arrasado con sus premisas más queridas, las siguientes generaciones de profesores se resistieran a abandonarlas. Como observaba cáusticamente el autor de la entrada correspondiente a la «filosofía escolástica» en la *Encyclopédie*, el estudio de la filosofía en España y Portugal se encontraba «en la misma situación en que estuvo entre nosotros desde el siglo xii hasta el siglo xvi. Los profesores se niegan a enseñar nada nuevo y adoptan todas las precauciones posibles contra la ilustración»⁷. Y no se trata del típico desprecio de los franceses por la vida intelectual de su vecino del sur. En 1730, Martín Martínez, un sujeto algo repelente, decía en un tono de desesperación semejante sobre sus

colegas que la universidad y sus profesores se comportan como si el prestigio de las escuelas consistiera en la obstinación y los malos métodos de enseñanza⁸. Pero este oscurantismo no se limitaba a las facultades del mundo ibérico. La mayor parte de las universidades europeas, al menos en los primeros años del siglo XVIII, se hallaban en una situación muy parecida. Por ejemplo, Edward Gibbon, el gran historiador inglés, hablaba cáusticamente de su breve experiencia en Oxford, donde «pasé los catorce meses más inútiles y desperdiciados de mi vida», porque «los colegios de Oxford y Cambridge, que se fundaron en los siglos oscuros de la ciencia bárbara y falsa, continúan contaminados por los vicios de su origen. Su gobierno... se encuentra aún en manos de los clérigos, hombres cuyas formas están muy lejos del mundo actual y cuyos ojos están cegados por la luz de la filosofía»⁹. Pero, de nuevo, una mirada a lo que se enseñaba en Oxford durante los años cincuenta del siglo XVIII subrayaba que la principal fuente de la «ciencia falsa y bárbara» eran los escolásticos españoles. Otro tanto podría haberse dicho de Heidelberg o de París. Incluso en «este primer Siglo de las Luces –se lamentaba D’Alembert refiriéndose a las universidades francesas– [la sombra de la escolástica] aún obstaculiza el progreso de la filosofía». Por tal razón, entre otras, pocos de los grandes autores de la Ilustración ocuparon cargos universitarios.

Cabe también la posibilidad de que la Iglesia española, por haber estado tan identificada con el Estado durante el reinado de Isabel y Fernando, conservara su peso intelectual sobre la opinión pública con mayor eficacia que la iglesia de Francia, pero, como he tratado de demostrar, aunque el derrocamiento de la teología fue una de las metas fundamentales de la Ilustración, lo cual hacía imprescindible atacar a la mítica defensa de la historia cristiana, cosa que las generaciones anteriores habían

evitado, no era en absoluto necesario ser ateo para ser ilustrado. Si los españoles observaron sus creencias religiosas con mayor tesón que, digamos, los franceses, lo mismo podría decirse de los ingleses. El hecho de ser español y, a mayor abundamiento, benedictino, no impidió que Benito Jerónimo Feijoo, por ejemplo, sostuviera sobre la condición de las mujeres, según lo expresa en su *Teatro crítico universal* –una obra admirablemente «ilustrada» en casi todos los aspectos–, opiniones bastante más «ilustradas» que las expresadas por Diderot en *Sur les femmes*.

Sobre España se cierne además la herencia de la llamada *leyenda negra* del siglo XVI. Según las historias ampliamente propagadas por los enemigos protestantes de España –en especial por los holandeses– sobre la Inquisición y los horrores de la conquista de América, los españoles eran un pueblo cruel, rapaz y, sobre todo, dominado por los curas, del cual no podía esperarse nada nuevo ni excepcional. A principios del siglo XVIII hacía tiempo que se habían olvidado los orígenes de esta sanguinaria imagen inventada durante el prolongado conflicto entre católicos y protestantes, pero sobrevivió la sensación, compartida también por muchos españoles, de que la Iglesia y la herencia de los conquistadores habían aislado a España del mundo moderno. Como afirmaba Pedro Rodríguez Campomanes –helenista, jurista, historiador y ministro de Hacienda de 1762 a 1783–, si España quería recuperar su sitio a la cabeza de Europa necesitaba algo más que una simple reforma. La monarquía española debía despojarse de la carga de su pasado; no tenía más remedio que «cambiar su ser», como decía con frecuencia el propio Campomanes¹⁰. En el caso de los franceses, que hicieron mucho por propagar la leyenda, el que la España del siglo XVIII estuviera gobernada por los Borbones, que según los términos del «pacto de familia» de 1761 se ha-

bían jurado apoyo mutuo y perpetuo, facilitaba la interpretación de la crítica a España como una crítica velada, o cuando menos una advertencia, a la Francia del antiguo régimen.

Pero existe aún otro motivo que explica el indebido olvido del papel de España –o mejor, de los españoles– en la historia de la Ilustración filosófica, y no es otro que el hecho de que la mayoría de los grandes pensadores españoles de la época fueran economistas políticos, dado que la economía política y la economía en general no despertaron el interés histórico que hubieran debido despertar, lo cual se debe en parte a que, con pocas excepciones, se escribió de una forma que no le permitía trascender el momento histórico inmediato para el que fue concebida, y en parte porque muchos de sus hallazgos se vieron eclipsados por el desarrollo de una aproximación al tema mucho más matemática durante los siglos XIX y XX. Sin embargo, no cabe duda de que en el siglo XVIII los españoles, junto con los napolitanos y los escoceses, formaron la vanguardia de esa disciplina. Por ejemplo, Dugald Stewart, el biógrafo de Adam Smith, en su evaluación del progreso de la economía política, que definía como la ciencia que se había «propuesto la mejora de la sociedad, no mediante planes para nuevas constituciones, sino iluminando la política de los actuales legisladores», enumeraba por sus «más celebradas obras» a los siguientes autores: Pedro Rodríguez Campomanes, François Quesnay, Anne-Robert Turgot, Cesare Beccaria y el propio Smith; es decir, un español, dos franceses, un italiano y un escocés, posiblemente la muestra representativa más amplia de la sociedad ilustrada europea que cabía imaginar, al menos para Stewart¹¹. En 1754, bajo la atenta mirada de Carlos VII de Nápoles, el administrador Bartolomeo Intieri creó la primera cátedra de ciencia política –llamada «com-

mercio e meccanica»– de toda Europa. En 1759 Carlos se convertiría en Carlos III de España, cuya función iba a consistir en introducir en España lo que el país necesitaba: «ciencias útiles, principios económicos, espíritu general de ilustración», según las palabras que Gaspar de Jovellanos –otro miembro de la élite ilustrada española– pronunció en 1788 ante los miembros de la Real Sociedad Económica Matritense¹². Nadie puede dudar del enorme éxito de Carlos.

Pero incluso si todo esto es históricamente cierto, ¿por qué debería importarnos todavía hoy? La respuesta es bastante simple: de todos los movimientos intelectuales que han cambiado el rumbo de la historia moderna –sin importar de qué rincón del globo procedan– quizá ninguno ha demostrado tener un impacto tan duradero en la evolución de la especie humana como lo que llamamos Ilustración. El mundo –y no únicamente el mundo occidental– no está dividido entre dos concepciones del «bien», como tantos enemigos de la Ilustración creyeron. Nada tan complejo podría resolverse jamás en dicotomías hegelianas nítidas. Pero en la inmensa variedad de los asuntos humanos existe al menos una percepción de lo que podría considerarse como dos objetivos humanos en gran medida contrarios –aunque también simplificados en exceso–.

Por un lado están aquellos –los populistas y los nacionalistas– que afirman que no existen valores universales, que todos los seres humanos construyen sus universos propios según su distinta comprensión del bien, y que esto está determinado únicamente por las sociedades y las comunidades en las que viven. Están quienes argumentan que existen «valores europeos», que son «individualistas», y «valores asiáticos», que son colectivos. Luego hay afirmaciones aún más constreñidas de que cada comunidad, cada pueblo, cada nación tiene su

propio conjunto particular de ideas sobre lo que constituye el «bien», y que nadie fuera de esa comunidad está en posición de determinar o juzgar adecuadamente. Están los defensores de la «política de la identidad» que argumentan que existe, digamos, una identidad nacional «francesa» que es en muchos aspectos incompatible con una identidad nacional «española». Y luego, por supuesto, están los grandes sistemas religiosos monoteístas –el judaísmo, el cristianismo y el islam–, cada uno de los cuales afirma que sí existen valores universales, códigos universales de creencia, sistemas universales de derecho, pero que estos han sido dictados, «revelados» a cada pueblo por una única deidad creadora. Los defensores de cada uno de estos argumentos están de acuerdo en algunos puntos; en la mayoría no. Todos ellos, a su manera, son enemigos de la Ilustración.

Por otro lado están quienes creen en los derechos, en la igualdad (en particular en la igualdad entre los sexos y entre las razas), en la necesaria universalidad de todos los objetivos humanos, por muy variadas que puedan ser sus manifestaciones individuales políticas e incluso jurídicas. Los que creen que, más allá de qué libertades concretas podamos disfrutar como individuos, estas solo pueden ser garantizadas por leyes fundamentadas en principios que son comunes a toda la humanidad y, de manera crucial, que todas esas leyes, y todos los principios morales que las sustentan, son humanos, no divinos. Estos, podríamos decir, son los valores que la Ilustración, la Ilustración de Hume y Diderot, de Kant y Campomanes, nos ha legado. La Ilustración, pues, sigue siendo importante porque nosotros, en Europa, en «Occidente», somos sus herederos. Es por ello que no nos puede resultar indiferente comprender plenamente qué fue¹³.

Enero de 2026

Agradecimientos

La idea inicial de esta obra se remonta tanto tiempo atrás que apenas me acuerdo. A lo largo del camino he recibido muchas ayudas de personas muy distintas. Las primeras versiones vieron la luz en forma de conferencias en la Universidad de Santiago de Compostela, cuando tuve la fortuna de ser titular de una cátedra itinerante del Banco de Bilbao y Vizcaya, y en el Seminario Público de la Fundación Juan March de Madrid. En aquellas ocasiones, como en tantas otras, mi amigo José María Hernández hizo de lector paciente y profundamente crítico. Presenté otras versiones en el ámbito de las Priestley Lectures en la Universidad de Toronto, la Solomon Katz Distinguished Lecture en la Universidad de Washington y la Verne Moore Lecture en la Universidad de Rochester.

Como de costumbre, me siento en deuda con mis editores, Will Murphy de la Random House y Matthew Cotton de la Oxford University Press, por la corrección paciente y esmerada. Me gustaría dar las gracias también a mi agente Andrew

Wylie, sobre todo por su paciencia, y a Scott Moyers, que se tomó la molestia de leer de principio a fin varios de los primeros capítulos y cuyos comentarios me ayudaron a ver con mayor claridad la dirección que debería haber tomado. Jeff New, Hayley Buckley y Emma Barber leyeron el manuscrito entero con una atención escrupulosa y me ahorraron varios errores y numerosos desatinos.

He contraído una deuda especial con Peter Campbell, que leyó el libro en un primer borrador, hizo amplios comentarios y me propuso numerosas revisiones que, a mi parecer, han beneficiado enormemente la presente versión. Como siempre, mi esposa Giulia Sissa me ha enmendado tantas cosas que sería difícil enumerarlas. A ella, a su apoyo, su generosidad, su inteligencia y su amor, también como siempre, le debo tanto que ni puedo expresarlo ni podré recompensárselo nunca.

Prólogo

Entre las muchas divisiones ideológicas del mundo moderno, una de las más persistentes, complejas y polémicas es la disputa sobre la herencia de la Ilustración. La Ilustración –periodo de la historia europea que se extiende aproximadamente desde la última década del siglo xvii hasta la primera del siglo xix– ejerció una influencia mucho más profunda y constante en la formación del mundo moderno que las anteriores convulsiones de signo intelectual. Aunque el Renacimiento y la Reforma transformaron también de un modo irreversible primero las culturas europeas y posteriormente todo el orbe cristiano, para la mayoría de nosotros no dejan de ser simples períodos históricos. No ocurre lo mismo con la Ilustración. Si nos consideramos modernos, progresistas, tolerantes y, en general, de mentalidad abierta, si no nos asusta la investigación de las células madre y sí las creencias religiosas fundamentalistas, tendemos a considerarnos «ilustrados». Con tal convencimiento nos declaramos de hecho herederos –aun-

que herederos distantes— de un movimiento intelectual y cultural concreto.

Se han producido acalorados debates para determinar qué fue la «Ilustración», cuándo y cómo ocurrió, y si hubo una o varias. Se la ha querido dividir en grupos radicales y conservadores o en distintas versiones nacionales, en las cuales los ingleses, sensatos y razonables, o los alemanes, solemnes y filosóficamente serios, se han contrapuesto por lo general a los franceses, improvisadores y literarios en exceso. Algunas de estas distinciones tuvieron su origen en el propio siglo XVIII. Varias no son más que pura fantasía especulativa. Pero, a pesar de las claras diferencias existentes en su seno, la Ilustración se identifica con una idea elevada del raciocinio y de la bondad de los seres humanos y con una confianza —medurada y a veces escéptica— en el progreso y en la capacidad humana de superación. Por regla general, se la identifica con la idea de que todos los individuos tienen derecho a definir sus objetivos y a no dejar que otros lo hagan en su lugar y —lo que viene a ser lo mismo— a vivir su vida de la mejor forma posible sin la ayuda o los impedimentos que impongan los decretos divinos. Se la ha considerado fuente de la mentalidad laica y libre de dogmatismos de la política moderna y liberal, así como el origen intelectual de todas las manifestaciones del universalismo, desde el reconocimiento de la unidad intrínseca del género humano y de la perversidad de la esclavitud y del racismo hasta el sentimiento humanista que anima a «Médicos sin Fronteras». Se suele ver en ella el origen intelectual de esa convicción que aún emerge tímidamente entre nosotros de que todos los seres humanos comparten los mismos derechos básicos, de que las mujeres piensan y sienten igual que los hombres o de que los africanos lo hacen igual que los asiáti-

cos. Como movimiento intelectual fue también el principio de las disciplinas académicas –economía, sociología, antropología, ciencias políticas y ciertos tipos de filosofía moral– que determinan en gran parte nuestra forma de ver la vida y de vivirla. La modernidad fue hija de numerosos planteamientos intelectuales y científicos, desde la invención del motor a vapor hasta Internet, pocos de los cuales pueden atribuirse a la Ilustración (a pesar de que el filósofo alemán Gottfried Wilhelm Leibniz fuera el primero en concebir ya en el siglo XVIII el sistema binario en el que se basan los ordenadores digitales de la actualidad). En cambio, sí podemos atribuir a la Ilustración el mundo fundamentalmente laico, experimental e individualista que, a la postre, hizo posibles todas esas innovaciones. Un mundo en el que las viejas formas de asociación, las creencias y las tradiciones supuestamente irreductibles que durante siglos habían dividido a los seres humanos en grupos llenos de desconfianza mutua y, a veces, brutalmente homicidas, se fueron abandonando de un modo lento, doloroso e irreversible. Esto no significa que sin Ilustración no hubiera existido la modernidad –sea cual sea nuestro modo de entender esta última– o que sin Ilustración continuáramos siendo herejes quemados en la hoguera u oyentes de sermones que prometen las penas del infierno como entretenimiento semanal, pero lo más seguro es que no habría sucedido como sucedió y donde sucedió.

A la Ilustración se debe también el concepto moderno de sociedad global. El mundo, por supuesto, sigue firmemente dividido en naciones, muchas de ellas enzarzadas entre sí en feroces disputas. Al observador un poco escéptico le parecerá un objetivo lejano lo que en cierta ocasión se llamó optimistamente en las Naciones Unidas «Nuestra Comunidad Glo-

bal». Pero el hecho de que la mayoría de las personas educadas y de mentalidad liberal estén dispuestas a cooperar más allá de sus fronteras ha de ser un motivo de esperanza.

Ese «globalismo» o «cosmopolitismo» es también un concepto ilustrado. Uno de los objetivos de este libro es explicar cómo se hizo posible que un pequeño grupo de intelectuales europeos dejaran de referirse a sí mismos como ingleses, franceses, holandeses, sajones, españoles o napolitanos para tenerse por «ciudadanos del mundo». El cosmopolitismo es un credo antiguo, pero con anterioridad al siglo XVIII había acogido sobre todo a unos cuantos objetores y marginados sin raíces como Diógenes el Cínico, que acuñó la expresión en el siglo V antes de Cristo; o se había relacionado con el imperio (uno de los más grandes cosmopolitas de la antigüedad, Marco Aurelio, fue a su vez uno de los más grandes emperadores romanos); o había servido de excusa para la uniformidad religiosa (ni en el cristianismo ni en el islam hay naciones, solo un pueblo bajo un Dios).

Sin embargo, durante la Ilustración, la idea de ser un «ciudadano del mundo» adquirió significados muy diferentes. Se concibió como una forma de ecumenismo abierto a cuantos se sentían preparados para vivir conforme a unos códigos legales y morales básicos; como un medio de combatir el tribalismo reduccionista que para muchos era la causa última de la mayor parte de los males que aquejaban al mundo; como un modo de comprender las relaciones humanas e internacionales, capaz de conseguir por fin lo que el utilitarista inglés Jeremy Bentham llamaba «el escaparate de la humanidad» para lograr la «paz universal y perpetua» que se le ha negado a la especie *Homo sapiens sapiens* desde su creación. Puede que hoy no hayamos avanzado mucho en la consecución de estas